

Del autor de *El lector de cadáveres*

ANTONIO GARRIDO

EL JARDÍN
DE LOS
ENIGMAS

Todo crimen oculta un secreto



ANTONIO GARRIDO
EL JARDÍN
DE LOS
ENIGMAS

ESPASA © NARRATIVA

© Antonio Garrido, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 23.334-2019
ISBN: 978-84-670-5267-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO 1

Londres. Invierno de 1850. En vísperas de la Gran Exposición Universal.

El extranjero de la casaca roja comprobó la dirección de la taberna, se cercioró de que nadie le seguía y amartilló su arma antes de entrar.

* * *

De entre las decenas de tugurios malolientes que servían pítanza en los alrededores de los Seven Dials, el Ganso Negro era el único en el que un forastero sólo entraría si le obligaran a punta de pistola. Su dueño, Bob Fatty, se enorgullecía de servir el mejor whisky de Londres, pero lo cierto era que, coincidiendo con sus ofertas de albóndigas a penique, las ratas de los alrededores habían desaparecido, y que el pozo negro del local apeataba casi tanto como su propio aliento. Pese a todo, Bob mantenía en pie su negocio. Quizá, de lunes a viernes, las ventas apenas sirvieran para cubrir los gastos, pero el sábado, los *navvies* que abarrotaban el local con sus salarios recién percibidos, gastaban lo suficiente como para que Bob siguiera engordando sus arcas y sus putas lo agradecieran a Dios y a todos los santos.

La mayoría de los londinenses consideraban a los *navvies* poco menos que animales: borrachos llegados en manadas desde Irlanda al olor del dinero del ferrocarril, dispuestos a acometer, como bestias de carga, trabajos tan duros que nadie más consideraría. Pero, para Bob, los *navvies* significaban dinero. Lo sabía bien porque había aprendido a desvalijarles como quien roba a un niño un caramelo.

Bob se tomó un respiro para contemplar el cielo a través de un ventanuco. Aquel sábado había amanecido lluvioso, razón por la que lo había dispuesto todo como de costumbre: el local moderadamente limpio y ventilado, los barriles de cerveza Porter convenientemente rebajada con agua y, por supuesto, a Sally y a sus amigas embadurnadas en colorete y listas para cabalgar sobre las grasientas barrigas de los *navvies* a cambio de un módico estipendio.

Se enfundó su mandilón renegrido y sonrió cuando abrió de par en par las puertas de la taberna.

A media mañana, la densa nube de humo de tabaco y el insoportable griterío predecían ganancias de las buenas: los *navvies* que abarrotaban el local brindaban con canciones sobre su vieja Irlanda y saboreaban los despojos cocinados por Bob mientras las chicas demostraban su oficio desplumando a los más viciosos al otro lado de las cortinas. Bob echó un trago y eructó feliz. De hecho, todos parecían felices. Todos, menos el extraño recién llegado de la chamarra roja que bebía ginebra a sorbos, en un rincón apartado.

El tabernero se detuvo para observarle. Le calculó treinta y pocos años. Aunque de aspecto fibroso, no tenía pinta de obrero: barba bien recortada, demasiado aseado y demasiado bien vestido. Desconfió. Odiaba a los policías, y más aún a los que trabajaban de incógnito. Les pagaba a menudo para que dejaran en paz a sus chicas, pero siempre regresaban para importunarlo. Se preguntó qué diablos pretendería. Escondió disimuladamente un cuchillo bajo su delantal y se dispuso a averiguarlo.

Se hallaba a dos pasos del desconocido cuando un *navvy* del tamaño de una montaña enganchó a Bob por la pechera.

—¡Eh, maldito sacacuartos! ¿Cuándo diablos empieza la pelea? —Y esgrimió su boleto frente a la boca del tabernero.

Bob torció el gesto. Sabía que cuanto más pospusiera el combate, más subirían las apuestas, pero no era cuestión de perder los escasos dientes que le quedaban. Se zafó del obrero de un empujón y olvidó al desconocido de la chamarra roja. Luego, campana en mano, convocó a gritos al público para el comienzo de la contienda.

Al primer tañido, los *navvies* apuraron sus jarras de cerveza y se abalanzaron sobre el recinto de alambre y tablazones que los ayudantes de Bob habían instalado en el centro de la taberna. El humo se mezclaba con el olor a ginebra barata mientras las sillas se arrastraban y los empujones se sucedían para hacerse un sitio junto al cercado. Los más rápidos se aferraron a la alambrada y entre escupitajos e increpaciones, comenzaron a exigir la presencia del *ratboy*. Incluso las prostitutas dejaron a medias a sus clientes para reclamar el enfrentamiento. Mientras, al otro lado de la estancia, el desconocido de la chamarra roja observó la escena con la desgana de quien presenciara un truco decenas de veces contemplado.

Instantes después, un crío de aspecto desaliñado que arrastraba un pesado baúl de madera desencadenó un torrente de blasfemias entre quienes intentaban formalizar las últimas apuestas. Cuando el griterío se apaciguó, el muchacho empujó el baúl al interior del recinto y lo situó junto a una de las esquinas.

—¡Ábrelo ya, imbécil! —le ordenó Bob.

El muchacho se demoró lo suficiente como para recibir una lluvia de mendrugos y restos de empanadas. Se limpió como pudo y se encaramó encima del baúl. Luego tiró con fuerza de una trampilla lateral y, al instante, un hervidero de ratas surgió de la portezuela hasta invadir el cercado. El gentío enardeció cuando el enjambre de alimañas terminó de devorar los restos de empanadas y comenzaron a atacarse las unas a las otras.

—¡Soltad ya al perro! —gritó un pordiosero desdentado, manchado de barro hasta las orejas.

El tabernero apartó de un empujón al crío, que cayó de bruces sobre los roedores.

—¡Maldito inútil! Como aplastes a los bichos dejaré que te devoren los ojos —le amenazó—. En cuanto a vosotros, prestad atención. Ya conocéis las reglas, pero las repetiré para los borrachos..., es decir, para todos los presentes. —Las risas aplaudieron la ocurrencia—. Estáis ante cien magníficos ejemplares. Cien de las mejores ratas del Támesis, especial-

mente cazadas y contadas una a una por nuestro estúpido *ratboy*.

—¡Tú sí que eres una rata! —le interrumpió un parroquiano, y los trozos de pastel volaron de nuevo.

Bob agitó de nuevo la campana hasta que le dolió la mano.

—¡Callad de una vez! La apuesta irá como siempre: cien ratas muertas en dos minutos. Las que escapen, no cuentan. Si alguna colea, tampoco. Las cien han de quedar bien muertas y dentro del recinto. ¿De acuerdo? ¿Pues a qué esperáis? ¡Traed de una vez a vuestro maldito perro!

Los ladridos atronaron en el local cuando un hombre con aspecto de asesino condujo un enorme terrier hacia el centro de la sala. La fiera avanzaba a ciegas, con la cabeza enfundada en un saco, aullando y lanzando dentelladas entre los gritos de un público enfebrecido que avivaban aún más su ansia de muerte.

—¿Preparados? —bramó Bob.

—¡Diez guineas! —resonó de repente, al fondo del salón.

La taberna enmudeció. Lentamente, todos volvieron sus rostros hacia el lugar de procedencia del desafío. Para cualquier *navvy*, diez guineas suponían el sueldo de todo un año. Incluso alguno de los allí presentes habría matado por menos. Bob parpadeó incrédulo. Luego frunció los labios cuando una rata le mordisqueó un tobillo, pero en un movimiento repentino la aplastó sin misericordia y pateó al resto de los animalejos. Miró otra vez al desconocido de la casaca roja y porte distinguido. No le gustaba aquel hombre, pero ambicionaba su dinero.

—De acuerdo. El de la chamarra roja, diez guineas por las ratas. —Escupió al suelo.

—Por las ratas, no. Mi apuesta es por el perro. —Y sacó una bolsa repleta de monedas que depositó despreocupadamente sobre su mesa.

Bob clavó la vista en la bolsa con un brillo de codicia iluminando sus ojos. Le daba igual por qué bicho apostara aquel estúpido. Su dinero iba a cambiar de mano de todos modos.

—¡Fascinante! Siempre he admirado a los forasteros dispuestos a dilapidar sus ahorros —dijo Bob, mientras trataba

de identificar el extraño acento del desconocido—. ¿Y tu nombre es...?

—Ya te lo he dicho. Mi nombre es diez guineas. ¿Las quieres o no? —le espetó desafiante, e hizo ademán de guardar-selas.

Con una agilidad incompatible con su corpachón, Bob sorteó la alambrada de un brinco y en dos zancadas se plantó frente al extranjero. Se disponía a aferrar su bolsa cuando el desconocido extrajo una especie de pistola y la plantó violentamente sobre las monedas. Bob se detuvo en seco. Nunca había visto un arma similar, con un tambor giratorio situado entre el cañón y la culata.

—Antes veamos qué saben hacer tus ratas —dijo el desconocido, y se levantó para hacerse un hueco junto al cercado.

De mala gana, Bob regresó a la palestra, sujetó al terrier por el collar y le arrancó la caperuza. Sus aullidos ensordecieron a Bob y enloquecieron a los *navvies*, que volvieron a consumir cervezas como si las regalaran. El animal espumeó frenético al divisar la jauría de ratas y con los ojos inyectados en sangre intentó abalanzarse sobre ellas. Bob tuvo que esforzarse para que el perro no le arrancara el brazo. Antes de soltarlo, le ofreció un cubo de agua que el animal sorbió con avidez.

—De acuerdo. ¡Que comience el espectáculo! —gritó el tabernero.

A su señal, el *ratboy* volteó el reloj de arena y Bob liberó al animal que, al instante, saltó hacia las ratas como impulsado por un resorte. Las ratas se desperdigaron despavoridas, en busca de algún resquicio por el que escapar, pero el terrier, poseído por un ansia salvaje, comenzó a destrozarlas a dentelladas, con sus fauces abriéndose y cerrándose frenéticamente, machacando, sajando en canal y descabezando animales como si le fuera la vida en ello.

—Treinta y dos..., treinta y tres... —enumeró el *ratboy* según caían los animalejos.

De forma atroz, la sangría continuó sin interrupción. Algunas ratas treparon por las patas del terrier en busca de sus testículos, pero el perro se revolvió y las masacró como si fueran desperdicios.

—¡Sesenta y cuatro en un minuto! —anunció el *ratboy*.

—¡Vamos, hijo de perra! ¡Acaba con ellas! —le azuzó uno de los apostantes.

—No lo conseguirá. Cada vez está más cansado —apuntó otro.

Aunque restara la mitad del tiempo, en efecto, daba la sensación de que, poco a poco, comenzaba a evaporarse la rabia que había impulsado al terrier, y que sus dentelladas, antes mortales de necesidad, se tornaban cada vez más débiles e imprecisas. Un par de ratas se encaramaron al lomo del terrier y atacaron sus ojos mientras el animal sacudía la cabeza intentando librarse de ellas. Sin embargo, conforme unas caían, otras ocupaban su lugar en una nueva carnicería.

—¡Quince segundos! —señaló el *ratboy*.

Los *navvies* que habían apostado por el perro comenzaron a impacientarse. Aún quedaba una quincena de ratas con vida, y el terrier, agotado por la contienda, apenas si se mantenía en pie. Sus temibles ladridos iniciales se habían tornado en bufidos lastimeros y su faz ensangrentada parecía implorar clemencia. En un postrer esfuerzo, el perro logró ajusticiar a dos o tres alimañas que se cruzaron en su camino, pero a la conclusión del tiempo, seis ratas permanecían vivas dentro del recinto. Tras agitar enérgicamente la campana, Bob soltó una carcajada triunfal y alzó el puño con fuerza.

—Lo siento, amigos. ¡Bob y las ratas ganan! —Y se giró con una sonrisa displicente buscando la decepción del desconocido.

—Yo no estaría tan seguro —escuchó que alguien le replicaba.

La sonrisa de Bob se heló al contemplar el arma que el forastero empuñaba a menos de un palmo de su rostro.

—¿Qué...? ¿Pero qué diablos crees que estás haciendo? Vamos... No hagas estupideces y baja la pistola, hijo. Acepta que has perdido. —Por toda respuesta, el forastero apoyó el cañón contra la frente de Bob. El tabernero enrojeció—. Mira, imbécil... Aunque me descerrajes un tiro, estos hombres no permitirán que te largues con su dinero, de modo que date la

vuelta y vete de aquí antes de que tus tripas sirvan de alimento al perro.

—¿Te refieres a estos hombres? —Señaló a los *navvies* que amenazaban con abalanzarse sobre él—. ¿A éstos a los que acabas de engañar?

—Pero ¿qué dices? Yo no he engañado a nadie.

—¿No? De acuerdo, Bob. Te gusta apostar, ¿verdad? ¿Qué te parece si apostamos?

—¿Y qué mierda quieres apostar? ¿Adivinar en cuántos pedazos vamos a desmembrar tu cuerpo?

—No, Bob. Algo más fácil. ¿Y si peleamos entre nosotros? Tú, con cuchillo, y yo, con las manos a la espalda. Apuesto cinco guineas a que te derroto.

Bob enarcó una ceja. El extranjero se mostraba joven y fornido, pero él manejaba con pericia el cuchillo. Con las manos a la espalda, sería como trinchar un filete.

—Está bien. Si eso es lo que quieres, aparta el arma y peleemos. —Se frotó las manos.

—Claro, Bob... —Separó lentamente la pistola—. Pero antes, hagamos un brindis como caballeros. —Señaló el mostrador con fingida amabilidad.

Bob carraspeó como si se le hubiera atragantado una espina. Algo así sólo podría proponerlo un loco, y un loco podría disparar en cualquier momento. Decidió seguirle el juego.

—Dos pintas de cerveza —rugió—. ¡Y una ronda para toda la parroquia! ¡Hoy vamos a divertirnos!

El desconocido asintió, retrocedió despacio un par de pasos sin dejar de apuntarle y esperó a que les trajeran la bebida. Una de las camareras corrió con las dos jarras rebosantes de espuma.

—Una para Bob... y otra para el futuro difunto... —se cargajeó.

Bob aferró la suya y empezó a beberla con ansia. Por su parte, el desconocido mantuvo la jarra en vilo y apuntó de nuevo a Bob.

—Con cerveza, no. Tú, con agua. —Y señaló con su arma el cubo del que había bebido el perro. Bob empalideció.

—¿Qué quieres decir?

—El agua del perro. Que te la bebas. —Amartilló la pistola sin pestañear.

—¿Acaso crees que me asustas? Si me disparas, estos hombres te destrozarán antes de que la puedas recargar. —El sudor perló su frente.

—Ya... Veo que no estás al tanto de los últimos avances en armas. En concreto, ésta es un modelo de repetición con tambor de nueve balas, recién llegada de América. El problema es que es un prototipo y a veces funciona correctamente... —Sin dejar de apuntar a la cabeza de Bob, apretó pausadamente el gatillo hasta que, de repente, el martillo saltó y percutió en el tambor con un chasquido seco sin llegar a disparar—. Y otras veces no. —Sonrió.

Bob, que por un momento había contemplado la muerte alojada en su cráneo, suspiró con alivio.

—Pero puedo probar con los demás cartuchos —advirtió el extranjero mientras volvía a amartillar la pistola—. ¡Vamos! ¡Bébetela! —Su semblante se endureció.

Bob apretó los dientes. Durante su azarosa vida había visto suficientes rostros con la determinación que lucía el de su oponente como para comprender que éste no era un loco ni un iluso. Poco a poco derramó la cerveza al suelo y rellenó la jarra vacía con el agua del cubo en el que había bebido el perro.

—Bébetela. ¡Deprisa! —Bob titubeó antes de obedecer. De repente, un disparo retumbó en el techo del local, provocando el que los parroquianos se agacharan como conejos—. ¡No tientes tu suerte! —Volvió a apuntarle—. ¡Hasta la última gota!

Bob engulló el agua a borbotones. Cuando la acabó, dejó caer la jarra al suelo, tomó aire y miró al extranjero.

—¿Y bien?

—Ahora entra en el recinto. Y, tú —ordenó al mozo que había traído las ratas—. Después de tocar la campana, gira el reloj de arena y avísanos de los tiempos.

Bob obedeció entre juramentos. Por su parte, el desconocido aseguró la pistola en su cinturón, se despojó de la casaca y de la camisa y dejó a la vista un torso surcado de cicatrices.

—Las... las manos atrás —exigió Bob, desconcertado por las cicatrices, y esgrimió el puñal que llevaba escondido en el delantal.

En la taberna se hizo un silencio sepulcral. El extranjero enlazó sus manos tras la espalda y esperó a que Bob tomara la iniciativa, pero éste, pese a manejar el puñal, retrocedió un par de pasos. Tras titubear un momento, Bob comenzó a desplazarse trazando círculos mientras el desconocido le hacía lo propio en sentido contrario. Al tercer giro, Bob comenzó a sentirse confiado y descargó un mandoble relampagueante que se quedó a un palmo de la cara del extranjero. Sin embargo, el desconocido no se inmutó y continuó girando, con las manos en la espalda. Cuando el segundo envite rozó la barba del forastero, Bob sonrió. Aquel inconsciente iba a pagar caro su atrevimiento.

—¡Un minuto! —gritó el *ratboy*.

El tabernero fulminó al muchacho con la mirada. No necesitaba que lo espolearan. Clavó la vista en su enemigo, emitió un alarido y se abalanzó sobre él, pero el desconocido fintó a un lado y le propinó un rodillazo en el estómago que le dejó sin aliento. Bob se dobló sobre sí mismo, asfixiado por el dolor. Jamás había perdido una reyerta a cuchillo. Apretó el mango e intentó concentrarse. Sin embargo, algo no iba bien. Veía a su oponente borroso, como si su imagen se desvaneciera por momentos. Se frotó los ojos para recuperar la visión e intentó un nuevo golpe, pero sus piernas no le obedecieron. Comprendió que el narcótico comenzaba a hacerle efecto. En un último esfuerzo, se abalanzó sobre el extranjero para asesatar el golpe definitivo, pero éste se apartó como si estuviera jugando con un saco y el tabernero se derrumbó sobre las ratas que yacían esparcidas por el suelo. Lo último que vio Bob, antes de perder el conocimiento, fue a una de las alimañas supervivientes orinándose sobre su rostro.

Ante el estupor de los presentes, el desconocido se vistió parsimoniosamente, empuñó de nuevo la pistola y se dirigió a todos ellos.

—Ahí tenéis la respuesta. El agua narcotizada. Bob la usó para drogar al perro y esquilmaros vuestro dinero.

Un murmullo de indignación se apoderó de la clientela. Los que habían apostado por el terrier se enfrentaron a los empleados de Bob, pero los que habían pujado por las ratas cuestionaron al extranjero.

—¡Un momento! ¿Por qué habríamos de creerle? —interpeló un gigante del tamaño de un oso.

—¡Eso! ¿Por qué habríamos de hacerlo? —le apoyó otro que temía perder sus ganancias.

De repente, uno de los que había apostado por el perro, estrelló una jarra de cerveza contra la cara del que acababa de dudar del amaño y la pelea se desató. En un segundo, las sillas volaron y los puñetazos se unieron a la orgía de golpes a la que todos parecían haber sido invitados. Entre el enjambre de púgiles, el gigante agarró un hacha y se abrió paso a empujones hacia el extranjero, quien en ese mismo instante se encontraba de espaldas, agachado sobre el cuerpo exangüe de Bob. El gigante alzó el hacha, pero cuando se disponía a hundirla sobre el extranjero, recibió el impacto de una barra de hierro y cayó al suelo sin sentido.

—¡Joder, Rick! ¡Termina de una vez y salgamos de aquí antes de que nos muelan a palos!

El desconocido de la casaca roja reconoció al hombre calvo que acababa de salvarle la vida. Sin perder un instante, localizó la bolsa que Bob escondía bajo el delantal, buscó al *ratboy* y le entregó unas monedas.

—Olvida a esta gente y búscate un trabajo —le aconsejó.

—Vamos, Rick. ¡Larguémonos! —insistió el recién llegado.

—¿Lo harás? —se entretuvo Rick.

El crío asintió.

Rick despeinó al muchacho. Luego siguió al hombre que le había ayudado y ambos se escabulleron del local, dejando que los *navvies* se mataran entre ellos.